

DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D^a. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL NOMBRAMIENTO COMO DOCTORA HONORIS CAUSA DE D^a. MARÍA VICTORIA ATENCIA

Fue una tarde, hace años. Por estas fechas. Llovía mansamente sobre Teatinos y las gotas empañaban las grandes cristaleras de la Biblioteca General. Un grupo de profesoras de la facultad de Filosofía y Letras nos había convocado a una jornada de estudios sobre la mujer. El acto lo culminaba María Victoria Atencia con una lectura de sus poemas. Tal vez la proximidad navideña le hiciera elegir el que llevaba por título Trances de Nuestra Señora.

Lo recuerdo. De aquel silencio hecho de tarde y libros emergió María Victoria, celeste y esbelta, erguida. Siempre que le recitaba a la Virgen lo hacía de pie. La poesía se elevaba con ella, iba a su lado. Porque ella la hacía, la vivía por dentro, palabra a palabra, fervor a fervor. “Ahora que sé el misterio –dijo- y prosigo doncella... en tanto que en mi vientre se cumple su palabra,... escucho a mi Señor... y mi señor me escucha.”

Su poesía llegaba serena y apacible. Era el recogimiento de los sentidos, una actitud cercana a la mística de su admirado San Juan de la Cruz. Y prosiguió. “Estaba abierto el cielo y mi hijo en mis brazos, tan indefenso y tierno y aterido y fragante que lo sentí una obra sólo mía, victoria de un cuerpo paso a paso ofrecido a su cuerpo. Lo envolví con mi aliento y él tuvo el soplo tibio en el que una paloma se sostenía en vuelo...”

Una lluvia suave seguía acariciando las cristaleras. Desde allí se contemplaba el vacío sobre la ciudad anhelante, a cuya luz volvía la poeta, como ese libro de poemas suyos, abierto de par en par. La tarde se fue yendo con ella, tras sus últimos versos. María Victoria regresó a su mundo, hecho de mar y de tiempo, de enredadera de horas.

Aquella tarde en la Biblioteca aprendimos que podía bastar una lágrima para comprometer el curso de las constelaciones; ella misma nos lo confió. Pero sobre todo, la Universidad se dejó impregnar de la poesía y del alma de una mujer, de María Victoria. De una mujer poeta que hoy vuelve a dejar su grandeza femenina mientras nos describe con igual naturalidad, lo cotidiano y lo trascendente, el mundo, el dolor y la muerte. María Victoria pasa por los versos sin abandonar un instante su visión femenina. Cuando parece rebuscar en su ayer, uno de sus dones más preciados, tal vez el que primero rescata, es precisamente su feminidad, su identidad femenina, su mirada de mujer. Solo ella es capaz de descubrir en la pequeñez de lo cotidiano una dimensión espiritual, y ofrecérsela en un destello repentino, insólito.

Le basta con el sonido de una campana al atardecer, el aroma de una planta. María Victoria ama las cosas, los objetos, los instantes. Y los plasma luego con nitidez en unos versos, casi siempre alejandrinos, pero siempre breves, concisos. La ropa de los niños, la cesta de la compra, el teléfono que suena, el mantel de los bordados. El verso del amor, poesía enamorada que no rehúye la belleza de un delicado erotismo, la confidencia más íntima de mujer. “Y cuando me desnudo, apagadas las luces, tiemblo a veces sin son y otras

porque comprendo". Y su casa. Su familia, su mundo interior. Realidad vivida que le lleva a decir. "Estoy viendo la casa y me estoy viviendo en ella". La casa es un espacio de intimidad. Y sus objetos tienen siempre una historia y una carga afectiva. El cuarto, el armario, la ropa, los broches o las joyas. "Que dispongan la almohada y suelten el cabello."

La poeta contempla, sugiere. Pero ello no impide que desde su condición de mujer, se rebele contra los atavismos. No pretende convertir el papel en pancarta ni sus versos en lema. Pero desde una aparente candidez a veces punzante, la descubrimos rebelándose contra la sociedad patriarcal que ha vivido. Contra la sociedad antigua, o quizá no tan antigua, que silencia a la mujer y que ella denuncia en solo tres palabras. "Mi voz emparedaron". Solo tres palabras para describir todo un tiempo. Para mostrarnos cómo una hija que nace dócil al sistema patriarcal, decide un día salir a buscar su ser auténtico.

Y encontrarse reflejada en dos personajes de nombres bíblicos, Marta y María, que simbolizan precisamente la dualidad, o la contraposición entre la vida activa y la contemplativa; a la mujer patriarcalizada que soporta la responsabilidad del quehacer diario y a la mujer soñadora, esa cuya creatividad la independiza en un mundo enteramente suyo. La una tiene su raíz firmemente hincada en la tierra; la otra aspira a elevarse, en un vuelo que, sin embargo, nunca le hará perder el ritmo cotidiano doméstico. Y así, aunque un frío finísimo le paralice la sangre, siempre tendrá el té a punto.

Un ejemplo de añeja abnegación que no pasó desapercibido a la mirada de María Victoria. "Si alguna vez pudieseis volver hasta encontrarme, mujeres de la casa, cómo os recibiría, ahora que comprendo."

Desde su silencio de mujer, observa con decepción otros silencios. Y casi nos sorprende, cuando en un convento solo ve flores de cera en la vida de clausura. Allá donde las horas se pierden en silencios hechos de cal, de mirto y de tiempo.

El tiempo pone su nota grave y misteriosa en la poesía de María Victoria. Detener el tiempo para apurar momentos de felicidad, los sueños más dorados. La vida le recorre hoy, ayer, mañana, con rapidez, sin tregua. El tiempo, el tiempo...El que la hará saltar en tanto dure la comba de sus horas; el que, mientras salta, la hará pedir que la sujeten a un tronco, que le sujeten el pie. Que sujeten la noche. Su poesía se torna un puro afán por detener el tiempo, por guardar un día para cuando no haya. Llega incluso a proponer un juego, y a cambio de una cosa, la que se quiera, ella sólo pide una cámara lenta para poder verse con sus cosas en torno; para detener la sombra del sol en sus relojes, las agujas en sus ríos. Y que solo por este día, contenga el vuelo la gentil oropéndola. ¿Quién dispone del tiempo, del ardor de una lámpara, del paso migratorio de un vencejo en el cielo, del frescor de una tela al peso de unos hombros, quién detiene este cuerpo suspenso en el baile?

María Victoria nos descubre que si hay algo capaz de vencer, de trascender al tiempo es, precisamente, la belleza hecha palabra. La belleza, fuerza transformadora, la que abre la puerta a la ficción, la que nos hace pasar de lo exterior a lo interior. Aunque lleve dentro una advertencia sobre su condición efímera, porque es esencialmente temporalidad. Ella misma lo dice: "como tu vida misma, tiene anverso y reverso". Si la belleza permite la fusión de la forma y el espíritu o es la llave que nos lleva a la vida interior, es también la que crea dualidad entre la vida y la muerte, la plenitud y lo temporal para llevarnos no al

mundo de la luz sino a su contrario, la oscuridad. “Pido luz sin saber que no es necesaria, pues sus rayos no llegan donde la sombra habita...”

El verso de María Victoria es a veces belleza del recuerdo, como si el presente se hubiera vuelto eterno a fuerza de inmóvil. Tiempo detenido, visible en sus imágenes pero ya no recuperable. Solo el recuerdo hace posible que el presente sea eterno, inmóvil, sin dejar de ser ausencia; pero no la ausencia del olvido, sino la de la foto que se va tornando sepia, la imagen perenne del pasado que fue. La imagen de esa cañada a la que María Victoria describió con dos laderas, una la de la vida; la otra, la que ella situó más allá de las verjas del libro de la vida. Por las que amanecieron Blanca, la hija de Bernabé y también aquel otro amigo inolvidable, el aviador que le demostró que también se podía volar con alas.

Pero ella también nos enseñó que el final de un poema no es sino una interrupción circunstancial, una mutilación que guarda posibilidades infinitas.

María Victoria, mar y tiempo, María Victoria, el amor de Rafael León, la hoja amada en la que tantos versos se habrán mirado, el oído en el que dulcemente habrán sido recitados. Alguien, amigo de ambos, escribió una vez que, el día de su boda, Rafael, mirando a María Victoria, en vez de si quiero, habría podido decir poesía eres tu.

Y tantas veces lo habrá dicho, aunque fuera para sus adentros, al compartir con ella el paisaje del puerto en un día de lluvia, vacío, con belleza deslucida; al sentirla ensimismada, creativa, en su melancolía. Con la farola, y el horizonte como fondo. Y unos versos enamorados que piden. “Dame la mano y toma el puerto gris, llovido por un febrero loco de gaviotas. Las grúas deslucen su naranja humedecido. Apriétese mi corazón de angustia.”

María Victoria, mar y tiempo.

La mar, vista siempre en femenino, maternal y protectora. Y el tiempo. Hoy llegas hasta esta casa, que es justo donde ayer terminaba el mar. El mar como reflexión íntima de la realidad, del recuerdo o de la ensoñación. Hoy, parafraseando tus versos, has llegado como ese mar tuyo, de nuevo hasta la puerta. Has alcanzado los umbrales, ascendido silenciosa la escalera. Tu obra ha inundado los pasillos hasta perderse hacia adentro con una mansa ternura cotidiana. Tus versos han llenado la Universidad.

Alguna vez te leí, María Victoria, que al sur de algún país estaría tu casa, y alrededor de esa casa la ciudad secreta y universal. No cabe mejor alegoría para recibirte esta tarde. El tiempo, la mar y tus versos han hecho que la Universidad de Málaga sea, ya, tu casa intelectual.

Bienvenida.